

por el calor y la fuerza, cae á plomo. La luna brota, y su claridad amarillenta se difunde en el aire. Blancas nubes simulan en las crestas de los montes diademas de nieve y en el cenit rebaños gigantes. En una noche como esta, escribió acaso Heine estos versos henchidos de paz y de creencia :

De Jesucristo la imagen
Aparece ante mi vista,
De blanca túnica suelta
Va con majestad vestida.
Es grande como un gigante,
Y silencioso camina
Sobre la fecunda tierra
Y sobre la mar tranquila.
Toca su cabeza al cielo,
Con las manos extendidas
Bendice tierras y mares,
Y cual corazón que brilla,
Dentro de su pecho lleva
El sol que el mundo ilumina :
Y este corazón ardiente,
Hogar de amor y de vida,
Derrama de sus fulgores
La luz brillante y purísima
Sobre la fecunda tierra
Y sobre la mar tranquila.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

TOLUCA.

Toluca no es precisamente hermosa. No la abraza el mar enamorado, ni los bosques bajan ó ascienden para verla; no la vigilan de cerca esos eunucos etíopes que se llaman montes, ni la abanicen, mientras duerme, las esclavas montañas; ninguna gran sombra histórica la habita; ninguna catedral yergue sus torres macizas, ó lanza, á guisa de flechas, sus agujas góticas, en el centro de la plaza. Sobre Cuautla planea, como águila, Morelos; en Puebla, dominando la suntuosa basílica, á su vez dominadora de templos corpulentos, que componen su guardia palatina, álzase el Cerro de Guadalupe, porta-estandarte del glorioso pabellón, teñido en púrpura por el sol de Mayo y heraldo de la victoria el 2 de Abril; Querétaro, la triste, la enlutada, semeja el féretro de Maximiliano, ajusticiado por la República; en Cuernavaca, la naturaleza canta un himno; la cascada de San Antonio entona su salmo, y el aire que viene despedido por los oscuros árboles del Huitzilac, y todavía caliente como la mejilla del siervo recién abofeteado por el amo, habla en voz baja de aventuras y empresas de Cortés, de los sueños románticos del pálido Archiduque, y de las tristezas agoreras, funestas agoreras de la altiva Carlota; en las olas ocultas de Mazatlán surge la figura gallardísima de aquel aventurero que se llamó Raousset de Boulbón; Tampico parece la amada de los peces, la del hermoso río,

la de las náyades desnudas. Guadalajara es andaluza, tiene ojos negros y mantilla blanca, y navaja en la liga para herir á los enemigos de la libertad; Mérida, la opulenta señora del henequén, la rica hembra, tiene su estruendoso, alegre carnaval, como Venecia, y sus grandes poetas como la antigua Florencia; Tlaxcala es una tumba; Guanajuato una mina, la caverna deslumbradora de Aladino; San Luis trabaja con buen humor y primorosamente viste los domingos; Chilpancingo es montaña, la cúspide inaccesible de Guerrero; Monterrey y San Cristóbal son vigías, centinelas avanzados; en Morelia palpita el corazón de la insurgencia; es Veracruz como la gran ventana abierta por donde asoma una linda mujer mirando á Europa, mientras cantan las mandolinas, hierve el Borgoña en las copas y se oye el ruido de los chorros de oro; Jalapa es jardín; Oaxaca, nido de condores: Toluca es simpática. ¡Y con qué irresistible simpatía coquetea la traviesa y rie de sus enamorados! Su risa de muchacha cortejada por brillantes legiones de donceles, es la que vemos hecha espuma al pasar por el Monte de las Cruces, la que escuchamos cuando salta el agua en la selvosa cumbre, como nietezuela que retoza en las rodillas del abuelo. Tenemos que llegar á ella subiendo, primero, cual si trepando por el tronco y las ramas de frondoso cedro nos encaramamos hasta el balcón de la garrida castellana; y en llegando á la cima hay que bajar, así como se arrodilla el trovador ante la dama del alcázar escalado. El prólogo del viaje es tan hermoso como el prólogo de todos los amores. Figura incienso el humo de la locomotora; vestido de novia, cuajado de encajes, la espuma frufruante de las aguas; el cedro, candelabro gigantesco; y catedral, dispuesta para nuestras nupcias, la montaña. Vamos á Toluca aprisa, como se va, cuando mucho se ama, á la casa de la novia. Llegamos, y desde luego nos hechiza el aspecto de la ciudad. No es monumental, no es arcáica, es joven. Tiene la frescura, la sonriente mocedad de una muchacha que sabe ataviarse y vestirse con muselina, con percal, con listones vistosos, con claveles en el pelo. No se la ve rica, se

la ve muy bonita. Ningún convento la ensonbrece; ninguna iglesia pesada la magulla; toda ella está flamante y nuevecita.

Otras ciudades recuerdan la dominación española, el virreinato: se ve en ellas la piedra; más gravadosa la torre, más torvo el muro, apenas alegrado á trechos por el azulejo: Toluca es alegre. No podemos llamarla rústica ó campesina. Ostenta flores, pero en el prendido, como doncella hermosa que va al teatro. Gusto europeo y moderno revelan sus construcciones, todas limpias, todas elegantes.

¡Parece imposible que en casas tan alegres vivan personas tan retraídas! ¡Parece imposible que esos zaguanes de labrado cedro, se abran sólo cuando llaman á misa en los templos! Esos balcones de cincelados barandales, están continuamente como tiesta sin flores.

Se compadece el carácter esquivo y huraño con los tristes carcerones de fábrica española. Por el zaguán casi negro y claveteado que rechina gruñendo, cuando la mohosa y larga llave gira en la cerradura; por el zaguán ancho y alto en el que suenan los golpes del aldabón, como los toques que daba el convidado de piedra á la puerta de D. Juan, puede salir la dueña quintañosa, el hidalgo embozado, el libro de misa forrado en pergamino, el manojito de llaves tomadas de orín, y la camándula. Pero de estas casas que traen á la memoria á algunas de las ciudades italianas; de éstas que no han oído la queda ni visto pasar la ronda, ha de salirse para el teatro, para el baile, con el vestido de raso y antifaz de terciopelo. Parece, al verlas tan cerradas, que cuelgan de sus barandales, no una escala, sino un escapulario.

En las poblaciones que podríamos llamar solariegas no resalta el contraste entre las fachadas de las casas y las costumbres de sus moradores tanto como en Toluca. Hay balcones que parecen hechos para estar cerrados y otros para estar abiertos. El corredor en Toluca, es como una terraza florentina. Hasta las macetas, que son por lo común de barro obscuro, allí se acicalan, se visten de fiesta y se pintan.

Hace frío, es verdad; pero esto da á Toluca nuevo encanto;

el placer voluptuoso de abrochar la capota de pieles á una bella adorada cuando sale del baile. Se piensa, al sentir ese frío, en las castañas que brincan, en la Noche Buena que viene, en el villancico y en la cama que espera como buena esposa. Y ese frío calienta las mejillas de las toluqueñas, á juzgar por el fresco, encendido color que las herмосea. ¿Pero qué las impide salir á la calle á la hora en que los luceros asoman para verlas, y no cuando, con húmeda gasa de plata, viene el alba, y está tan fría la campana que llama á misa? ¿Por qué el tápalo y el manto? ¿Por qué tan lindos claveles en el tiesto y no en las negras cabelleras? ¿Son celosos los maridos? ¿Son los tutores como el de Rosina? ¡Canta, Figaro! Entona la serenata ¡oh bizarro Almaviva!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

JALAPA.

Me gusta llegar de noche á una ciudad desconocida para mí; tomar, luego que llego al paradero del ferrocarril, el tranvía ó el coche que han de llevarme hasta mi alojamiento; encerrarme en el cuarto; tenderme en la cama á buena hora, y descansar allí del viaje, libre de importunos, con la botella del viejo O'Porto en el buró, un buen libro junto á la botella y abierta la aromosa caja de tabacos. En las capitales, en los grandes centros de población, difícil, si no imposible, es tal sosiego: la calle nos llama, el bullicio nos provoca, cedemos á las tentaciones de la luz, y echamos á andar sin rumbo fijo, como revolotean algunas aves marinas en torno de los faros. En esas ciudades la vida nocturna es intensa, atrae, fascina, tiene hechizos irresistibles de mujer; no así en los pueblos pequeños que se recogen temprano y cuyos faroles de aceite cabecean, soñolientos, desde las ocho de la noche.

A Jalapa llegué bastante después del obscurecer; de modo que pude entregarme á la voluptuosidad de adivinarla y de sentirla antes de verla; á ese placer delicado que tanto se parece al de estar á obscuras cerca de una hermosa que duerme. Para los que buscan lo exquisito en el sentimiento, nada más atractivo que el misterio.

El placer aumenta en razón directa del trabajo que nos cuesta

disfrutarlo, y por lo mismo nos parece más bella la mujer que se recata, y más precioso favor el que nos concede, cuando permite que nuestra mano le alce el velo. La sombra de las capillas, las más espesas todavía de los viejos confesonarios, la celosía cerrada, el tenebroso pasadizo en donde suenan besos de meninas y de pajes; la tortuosa calleja iluminada por el candil de algún retablo, dan á los inimitables "Cuentos de España é Italia," narrados por Alfredo de Musset, secreto y prestigioso encanto.

Viajando, solemos sufrir grandes desengaños, sobre todo si hemos leído antes lo que otros escribieron acerca de los parajes que vamos á conocer. En esos libros aparecen el lugar, el campo, el paisaje, la marina, la ciudad, el pueblo, el villorrio, el monumento artístico, no tales como son, sino tal como los sintió el temperamento del viajero. Así, por ejemplo, el último libro de Paul Bourget, titulado con tanto acierto "Sensaciones de Italia," no es, propiamente, una descripción de las ciudades que recorre el viajador, sino la colección de hojas sueltas en que fué fijando algunos de los estados de su alma. No serán así los frescos de Perugino, los del Pintirruccio, no será así Volterra, ni Orvieto, ni la Umbría; no despertará en todos las mismas ideas, hermosamente tristes, que despertó en Bourget la contemplación de Asís; pero así vió el fresco, pinturas, catedrales y paisajes. La belleza que percibimos es un triángulo cuyas tres líneas componentes son: el objeto mismo, el que lo mira y el instante en que lo mira.

Antes de conocer á Jalapa tal como es, quise volver á verla como la había soñado, como la había visto descrita en prosa y en verso; y, arropada en la cama, trasegada en los desvanes de mi atestada memoria, ya gozoso con el hallazgo de un bonito verso, ya ufano si descubría entre montones de periódicos, atados con groseros balduques, algún artículo de Altamirano, ya tarareando alguna romanza ó villancico de Juan Peza, ó haciendo poderíos por reconstruir lindas estrofas de Roa Bárcena, tomádas por él con esplendentes hilos de damasco y descosidas en mi re-

cuerdo por el tiempo que manosea y desgarrá todo. Son de Roa estos versos?

De cuanto he visto no hay cosa
Que así me halague y sonría,
Como mi ciudad natía,
Como Jalapa la hermosa.

Describió esta hermosa tierra en aquella adorable poesía; tan cándidos como vellón de cordero que sale del baño, titulada: La Primera Comunión? En los repliegues de la memoria, se me ocultan, riendo de mi torpeza, los traviesos recuerdos; y como no tengo libros á mano para hacer el recuerdo de los primeros que he leído, inspirados por Jalapa, me resigno á dejar que correte la turba juguetona, sin preguntar á cada chicuelín cómo se llama ni quiénes son sus padres, ya que mis viejas entumecidas piernas no me permiten dar alcance á esos ágiles versos, siempre mozos. Recordando cree uno á veces estar á orillas de un lago: la onda llega retozona hasta tocar nuestros pies, y tal parece, por lo saltarina, aro de fino acero lanzado por la mano de una niña; mas al intentar pasarla con riesgo inesperado burla nuestro intento, y huye, reidora, de las rocas. Una garza alza el cuello, y se chapuza antes que nuestra escopeta haya disparado; los peces vestidos de seda y pedrerías, como príncipes de Oriente, hienden el agua, se aproximan airosos á la ribera, pero aunque lleguemos con júbilo á sentir el frescor de sus escamas, escurridizos se nos escapan de las manos.

En ocasiones, una palabra, un lugar, un color, un perfume, así como asusta el tiro de una arma de fuego á los pájaros que se hospedan en el árbol, hacen que bullan nuestras memorias y en bandadas se dispersen. No sabíamos que anidaban en la encina ó en el haya de que salieron; las teníamos olvidadas, y casi al punto que las vemos, desaparecen. Otras veces sucede que la memoria nos devuelve cuerpos de naufragos, ideas, sentimientos que creíamos perdidos para siempre en el obscuro piélago, y que de improviso reaparecen traídos por la marejada. No es posible

hacer el inventario de lo que guarda ese caserón de la memoria, lleno de escondrijos, pasadizos, puertas de escape, cómodas con cajones de cien tretas, baúles de doble fondo, bodegas subterráneas y tapanços polvosos velados por cortinajes de telarañas. Todos los días entran nuevos huéspedes á esa posada y no sabemos—¡tantos son!—los números de los cuartos que ocupan, ni si en ellos están ó si han salido; pero es de notarse que jamás se ocultan ó pierden para siempre, y cuando menos lo esperábamos, abren las puertas de sus cuartos, salen á encontrarnos, ó de súbito saltan como esos muñecos de goma elástica, que en tres dobleces, guardan algunas cajas de cartas.

Así, mientras reposaba, aparecían en mi memoria, como á modo de mamparas, que dando paso á la luz, se abren y cierran luego en el corredor de algún hotel, versos, retazos de oriental prosa, inspirados por Jalapa. Eran como caras de viejos conocidos, cuyos nombres recordaba con esfuerzo, si recordarlo podía. Algo de D. Pepe Esteva, algo de Roa, algo del maestro Prieto, una pincelada esplendente de Nacho Altamirano, una serenata de Bablot, una cavatina de Peza, y todo junto, la Jalapa de la poesía, la Jalapa que sintieron y me hicieron sentir artistas próceres. ¿Sería así, tan cuajada de flores, tan rica de color? ¿La envolvería la neblina como blanca mantilla de andaluza? Ella dormía con sosiego de madre joven, cuyos sanos y hermosos hijos ya están soñando con golosinas, besos y juguetes. La oía dormir y la esperaba. El alba iba á alumbrar su primera sonrisa.

Interín Jalapa despertaba, entregábame al placer de sentirme fuera de la ciudad gomosa, que con tenazas de pulpo nos aprieta. Esa sensación de alivio y descanso es la que experimentamos al salir de las estufas que chorrean sudor en el baño turco y recibir la ducha de agua tibia. Ya estoy lejos. . . . ¿Lejos de qué? ¡Tal vez de mí! Un muelle entorpecimiento de los sentidos, un sueño de todo el cuerpo, algo así como que se hace el muerto en el río de la vida, es lo que uno siente. Respiramos con libertad, el aire nos pesa menos, una desconocida que, por breves instantes, se parece á la dicha nos sonrío. ¡Ah! Mañana no repicará la

campanilla del portón; mañana dará el alba cuando yo haya descansado; mañana veré algo hermoso, lo no visto aún. que es lo único hermoso. Precisamente, mientras venía el sueño mentiroso á hablar conmigo, hojeaba uno de los últimos libros de Guy de Maupassant: "Sur l'eau." De los últimos. sí; tal vez no escriba otros. Y en ese libro hallaba el análisis de mi propio estado de alma. Ya hablaré en estas "notas" de ese libro que él escribió con todos sus nervios, y que yo ví como si todos mis poros fueran oídos. Dice Maupassant:

"Siento la calma, el tibio y blando sosiego de una mañana primaveral en el Mediodía, y hasta me imagino que semanas, meses, años, há dejé á las gentes que hablan y se agitan. Siento que me entra la embriaguez de estar solo; la embriaguez apacible del reposo que nada turbará, ni blanca esquela, ni mensaje azul, ni el timbre de mi puerta, ni el ladrido de mi perro. Ya no me llamarán, ya no me invitarán, ya no me arrastrarán oprimiéndome con sonrisas, acosándome con cortesías. Estoy solo, verdaderamente solo, verdaderamente libre. ¡Quince días sin hablar; qué alegría! ¡Oh pobre Maupassant, que estabas solo! Ya.

Tu alma es un castillo solitario
Que habitan los fantasmas!

Pero ¡cómo palpita en esas breves líneas el *tedium vitae*, el anhelo de aislarse, emanciparse y vivir uno para sí y para los suyos!

En el libro de Bourget, citado antes, y que tenía también en mi buró, se ve asimismo la tristeza, pero menos agudamente nerviosa que la de Maupassant, y más rayana en la pía resignación de Ernesto Renán. Los dos grandes artistas iban, uno á Italia, el otro al mar, á vivir solos. Los dos huían.

Mató mi luz el sueño. ¿Cómo será Jalapa?

En Jalapa la luz es perezosa. Tarda mucho en salir de sus colchas de nubes, y sin duda para no despertarla, para que ningún ruido turbe su reposo, las campanas no dan el toque de alba. Ex-

traña este silencio de las torres, sobre todo cuando la víspera se ha amanecido en la tórrida Puebla. En Puebla no descansan las campanas. Parece que todas á la vez entonan la letanía, y ya una con penetrante retintín llama á misa, ya otra con grave entonación de abad convoca al coro; grita esta, canta aquella, gruñe la de más allá; y el aire se llena de rumores metálicos, que chocan como escudos de combatientes en la brega, que corren como carros de aurigas, que majan como los mazos en el yunque. En Jalapa los pájaros son los que reciben al nuevo día. Despierta uno porque el sueño se despidе, no porque un campanazo lo haga huír espantado.

Apenas hubo luz, salí á la calle. ¿Luz? Sí, pero como luz de veladora vista al través de porcelana blanca y diáfana. La neblina, envolviendo la cara de la luz, semejábala á esas majas que, por coquetería provocativa, se tapan el rostro con la mantilla, dejando sólo ver los ojos. Salía del baile esa luz toda cubierta de encajes.

No puedo decir que hiciera frío. Hacía frescor. Sentí al salir lo que se siente en un baño tibio cuando el agua empieza á enfriarse: la sensación voluptuosa que produce el calor cuando se va poco á poco, ó la boca amada cuando se desprende lentamente de la nuestra.

La neblina de Londres ha de ser bruma, turbia, como de color de remolino. La que se alza del lago, mi buena y triste conocida, es casi azul y tan delgadita que parece convaleciente. Cuando la besa el sol se le enrojecen los pómulos, como á las tísicas.

Esta neblina de Jalapa es blanca, blanca, parece de veras, el velo con que va cubierta la sultana, cuando en palanquín vuelve del baño. Se adivina que detrás de ese velo hay un cuerpo hecho de rosas y húmedo todavía. Se sienten deseos de morder en gasa para llegar al brazo.

De cerca no la sentimos. No la vemos. ¡Es como la dicha! ¡Pero allí está, á pocos pasos, como la dicha también! En donde aparece más blanca y más hermosa es en el fondo de esas hondonadas que llaman calles de Jalapa; por ejemplo, en el camino

que va al Dique. Se espesa, se agrupa para subir hasta la iglesia cual numeroso coro de novicias. Entre la niebla, siente uno que las ropas se le mojan y en la cara, como si con pulverizadores la rociaran. ¿Pero llueve en realidad? Yo veía puntitas de aguja atravesar sesgadamente el aire; pero me fijaba en el agua quieta de la fuente y ninguna gota la hería, tan sutiles son así las briznas de agua que salpica esa llovizna. Parecíame que estaba dentro de una gran pompa de jabón. Y nada mejor que esa neblina me dió la imagen de las tristezas muy calladas. ¿No os ha ocurrido al hablar con un amigo, al leer algún libro, sentir os empapados en vapor de lágrimas? Y los ojos del amigo están pensativos, pero no lloran. El libro habla de flores, de poesía, tal vez de bailes. Pero no, no nos engañamos; se ha mojado en llanto nuestra alma, sale vapor de lágrimas de esa boca, de ese libro.

Mirando, en mañana de niebla, esa bajada al Dique, releí la "Sinfonía en blanco mayor" de Théófilo Gautier. ¡Qué deslumbrante blancura la de ese trozo pentélico! Pero, en verdad, ví defraudado mi propósito. No se compadecía con la niebla esa blancura. La celebrada por el apolíneo Theo es la mate, la humana, la marmórea, la que puede palpase, y esta de la neblina es tenue, incorpórea, inmaterial. No la podía cantar el gran pagano, amador de la forma; el artista supremo de quien pasó, equivocadamente, por devoto fervientísimo. No, la poesía de Gautier es el paraíso de mis ojos, pero cuando cierro éstos para recordar, para soñar, para oír las voces de mi espíritu, busco á los poetas que han sufrido y han amado y á los que hablarme saben de esperanzas.

La poesía de la niebla, ó es lamartiniana ó es fantástica, á manera de la de Uhland. En esas gasas de vapor se envuelve la imaginación muy á su gusto. Y como esa inmensa red de encaje vuelva allá, con ella va la fantasía. ¿Véis cómo se confabulan esas nubes, de luengos trajes talaes, en la cumbre del Cofre? Abajo trepa, azuleando, el humo de la fogata prendida por el leñador que hace carbón. Arriba, las viejas nubes hacen niebla. Vinieron ellas del Citlaltepec, que alza su pico de cisne olímpico

para coger una estrella; vinieron de la nieve, trayendo á cuestras grandes témpanos, y diligentes hilanderas tejen niebla. El que era trozo informe de hielo, ya es carrete de hilo muy delgado, que ellas van desenredando. Caen las hebras sutilísimas, levántalas el aire, enróscanse en espiras, únense en guedejas, flotan en el aire, espumean, se condensan, se enmarañan; y los husos de las nubes siguen girando con rapidez vertiginosa y la rueda no para, y se enreda la atmósfera en las mallas de esa impalpable, aérea, blanca, blanca.

¡Ah, viejos árboles de Pacho! No gustan de viejos verdes las honestas nubes. Ya os pusieron canas. Ya la niebla llegando como un soplo que apaga, pero que al apagar no hace lo negro, hace lo blanco. ¿Y vosotros, oh altos liquidámbaros? El invierno os desvistió y tendéis los rugosos brazos desnudos, pidiendo hojas. Ya van á envolveros en limpias sábanas de baño. La niebla, todavía dispersa, corretea en sueltas bandadas. Todavía está en el campamento, vivaqueando, antes de formarse en batallones para la batalla. En las copas de los árboles parece corte de palomas. Y cuando la vemos en la cuenca, en la hondonada, en la barranca, pensamos en las lavanderas cuyos brazos están cubiertos de lejía, ó en las que trepan ágiles y airosas por la loma, llevando en la cabeza los lebrillos que rebosan ropa blanca. Luego la nieve cae y vence y cierra. Sentimos la humedad y abrimos el paraguas; pero el vapor de agua se nos sube á las barbas. Para esta lluvia chicuelina y brincadora no hay puerta cerrada, no hay rendija estrecha, no hay abrigo, no hay defensa.

Esa humedad que nunca llega á ser visible, que no mancha ni descascara la pared, que no enferma, que no huele, está en todas partes. La dejamos en la calle y la encontramos en la alcoba. Nos vestimos, y queda adentro del vestido. Nos metemos en la cama, y está calentándose en las sábanas. ¿Para qué guarecernos en la casa? Quédese el gato apelonado en el sillón. Nosotros á la calle. A la calle, á sentir ese beso fresco de mujer que sale del baño.

La blancura impalpable nos rodea. Abrid los ojos para no ver más que un color. Sentíos dentro de un pomo de polvo de arroz. ¿Qué no véis nada? ¡Ah, entonces el arte no ha dicho aún, á vuestros ojos: Abríos! Coppee sí puede, puesto que ha dicho:

Et partout on voi neiger
Des plumes de tourtourelles!

Estáis arrebuajados en la falda nívea de una novia. ¿Sabéis lo que flota en la atmósfera? Aroma de azahares. Hay nupcias en el aire. Arriba de los tejados danzan bayaderas, ondulan túnicas de gasa; brilla una zapatilla de cristal cuando algún rayo de sol llega furtivo, culebreando, á asomar su pupila de oro por la rejita más abierta del encaje. Están celebrando con gran fiesta á la Santa preferida de la inmortalmente blanca Madame Recamier; á Santa Muselina. Enfrente, en la azotea del palacio de la señora marquesa, un baile. Todas van peinadas de polvo. Las golas de los abates no tienen una sola mancha. Hay armiño en vez de alfombra. Y cuando el sol espía y huye para que no lo atrapen, brilla de oro en el tisú lentejuelado, de los caballeros. Más allá, bajando, en esa planicie que apenas divisamos porque la cubre una tela que parece de vaho, marcha la caravana de los árabes. El aire agita sus alquiceles. Y en el lado opuesto al Norte, alean los mares de la niebla pálida, los de ondas frías, los de indecisos horizontes, que han pintado con espíritus de colores, con reflejos de nieve, el admirable Pierre Loti. En medio está el templo con su toga blanca. Tal parece Araón en la montaña. Y, más cerca de nosotros. ¿no miráis? ¿Quién es ese caballero enharinado que parece salir de los brazos de la hermosa panadera que tenía muchos escudos? Parecióme, al pronto, el Comendador, el convidado de piedra, pero al acercarme ví que no era. Un pantalón. un frac. una barba aguzada. una nariz zoi-
ra. un ojo de águila. una calva de genio. él mismo! ¡Lerdo!

La magia de la niebla hábame hecho olvidar, y despierto en el

parque de Jalapa. No os he contado aún cómo es la linda perfumista que ama y sueña, abanicada por los liquidámbaros. La neblina pasó ya por mi mano su jabón de coco para que escriba de Jalapa. Os hablaré de ella el jueves; y el domingo, desayuno en el Dique; almuerzo en el Molino.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

PUEBLA.

También la Catedral está de buen humor, y en las torres loquean las campanas. Adentro yo no sé lo que dirán los señores canónigos en el salón de los hermanos gobelinos; pero afuera, el repique vocea la buena y grata nueva, esparciendo alegría. Ya es la mañana del trabajo ó del paseo urbano; la mañana de la vida social, no la fresca del campo humedecida por el alba ni la caliente y modorra de la alcoba. El alto funcionario llama á su barbero; el empleado de poco sueldo y poca ropa, luciendo su lustroso traje negro—desmanchado la vispera—corre á la barbería. Esa señora, que ya dejó lavados y desvestidos á los chicos, entra á misa. Esos muchachos que hoy no van á la escuela, se dispersan, como canicas de una caja volcada en el jardín. El cura se desayuna. El yankee almuerza. Estudiante, enciende el puro. Cantinero, prepara muchos sandwiches. Diputado á la Legislatura, ya es hora de que proteste gobernante nuevo.

En la Compañía —¡cosa rara!—hay pocos devotos. Como repican tanto las campanas grandes, no se oye la voz temblorosa de las campanitas que llaman al divino sacrificio. Desbórdase la gente por las calles que están ahora con primor engalanadas. Cerró el comercio sus tiendas porque así lo quiso y no porque ninguno lo ordenara. Perdió un día de ventas, pero ganó un buen gobernador. Hay cortinas, hay flámulas, banderas, en todos los balcones. Los colores de Francia, los de España, los de